SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO VS. LA SOCIEDAD DEL DESCONOCIMIENTO

Autor: García, Guillermo
guillermogarsto@gmail.com

RESUMEN

En este ensayo pretendo reflexionar en torno a la sociedad del conocimiento/ desconocimiento, llamada también, esta última sociedad de la ignorancia, comentar además sobre el saber y no- saber; en respuesta a una petición académica de la asignatura *Epistemología de la ciencias sociales* dentro del Doctorado en Ciencias de la Educación de la Universidad Fermín Toro. Realicé mi lectura definitiva para elaborar este ensayo en el libro de Peter Burke *Historia social del conocimiento,* volumen II, del año 2012. La sociedad del conocimiento ha realizado una profunda transformación de la idea de saber, hasta el punto de que podría denominársele con seguridad la sociedad del desconocimiento, en otras palabras, una sociedad cada vez más consciente de su no-saber y que avanza, más que acrecentando sus conocimientos, aprendiendo a gestionar el desconocimiento en sus diferentes manifestaciones: riesgo, inseguridad, incertidumbre y verosimilitud.

PALABRAS CLAVE:

conocimiento,
epistemología,
desconocer-conocer

KNOWLEDGE COMPANY VS. THE SOCIETY OF IGNORANCE

Autor: García, Guillermo
guillermogarsto@gmail.com

ABSTRACT

In this essay I intend to reflect on the society of knowledge / ignorance, also called, this last society of ignorance, commenting on knowledge and not-knowing; in response to an academic request for the subject Social Science Epistemology within the Doctorate in Educational Sciences of the Fermín Toro University. I made my final reading to prepare this essay in the book by Peter Burke Social History of Knowledge, volume II, of the year 2012. The knowledge society has made a profound transformation of the idea of knowing, to the point that it could be called safely the society of ignorance, in other words, a society increasingly aware of its non-knowledge and that advances, rather than increasing its knowledge, learning to manage ignorance in its different manifestations: risk, insecurity, uncertainty and credibility.

Keywords: knowledge, epistemology, disowning-knowing.

INTRODUCCIÓN

En este ensayo pretendo reflexionar en torno a la sociedad del conocimiento/ desconocimiento, llamada también, esta última sociedad de la ignorancia, comentar además sobre el saber y no- saber; en respuesta a una petición académica de la asignatura *Epistemología de la ciencias sociales* dentro del Doctorado en Ciencias de la Educación de la Universidad Fermín Toro. Realicé mi lectura definitiva para elaborar este ensayo en el libro de Peter Burke *Historia social del conocimiento,* volumen II, del año 2012. No obstante, no fue una decisión fácil debido a los interesantes libros que sobre el tema se han escrito, paseándome por autores como Mario Bunge, Ezequiel Ander Egg, Edgar Morín, entre otros.

La sociedad del conocimiento ha realizado una profunda transformación de la idea de saber, hasta el punto de que podría denominársele con seguridad la sociedad del desconocimiento, en otras palabras, una sociedad cada vez más consciente de su no-saber y que avanza, más que acrecentando sus conocimientos, aprendiendo a gestionar el desconocimiento en sus diferentes manifestaciones: riesgo, inseguridad, incertidumbre y verosimilitud.

Existe incertidumbre por los riesgos y las consecuencias de nuestras decisiones, pero también una incertidumbre normativa y de legitimidad. Aparecen novedosas y distintas maneras de incertidumbre que no tienen que ver sólo con lo aún no conocido sino también con lo que no puede conocerse. No es cierto que para cada problema que aparece estemos en condiciones de producir el saber correspondiente.

La mayoría de las veces el saber del que se dispone tiene una mínima parte apoyada en hechos seguros y otra en indicios, presentimientos o hipótesis. Este retorno de la inseguridad no significa que las sociedades actuales dependan menos de la ciencia, sino todo lo contrario. Esa dependencia es inclusive mayor; lo que ha cambiado es la ciencia y el saber en general.

Desde hace tiempo dirigimos cada vez más la mirada a una serie de aspectos que podrían entenderse como debilidad de la ciencia: flexibilidad interpretativa, inseguridad, contextualidad, no-saber. A la vez, han cambiado los problemas y, en consecuencia, el tipo de saber que se requiere. En distintos ámbitos como, por ejemplo, la regulación de los mercados o los problemas ecológicos, ha de recurrirse a teorías que manejan modelos de verosimilitud pero ninguna previsión exacta en el largo plazo.

En las más graves cuestiones que afectan a la naturaleza o al destino de los hombres estamos enfrentados a riesgos en relación a los cuales la ciencia no ofrece fórmula alguna de solución segura. Para Burke (2012) lo que hace la ciencia es transformar la ignorancia en incertidumbre e inseguridad. La ciencia no está en condiciones de liberar a la política de la responsabilidad de tener que decidir bajo condiciones de inseguridad.

Pese a que las ciencias han contribuido a ampliar grandemente la cantidad de saber seguro (*reliable knowledge)*, cuando se refiere a sistemas de alta complejidad, como el clima, el medio ambiente, el comportamiento humano o la economía, cada vez se hace más difícil obtener previsiones exactas o explicaciones causales, ya que el saber o conocimiento acumulado hace visible también el universo ilimitado del no-saber.

Es probable que lo que está detrás del desgaste de la autoridad de los estados y la crisis de la política sea este proceso de debilitamiento y pluralización del conocimiento, y no conseguiremos recuperar su capacidad estructuradora mientras no acertemos a articular de nuevo el poder con las novedosas maneras de saber. Una sociedad del riesgo exige una cultura del riesgo.

Por largo tiempo la sociedad actual ha confiado en poder tomar las decisiones políticas y económicas sobre la base de un conocer (científico), racional y socialmente legitimado. Los insistentes conflictos sobre riesgo, incertidumbre y no-saber, así como el persistente

disenso de los expertos han derribado de manera creciente e irreversible esa confianza. En su lugar, lo que sabemos es que la ciencia con mucha recurrencia no es lo suficientemente consistente y fiable como para la toma de decisiones objetivamente indiscutibles y socialmente legitimables.

Pensemos en los riesgos que tienen que ver con la salud o el medio ambiente, que por lo general sólo pueden ser identificados con una escasa certeza. En consecuencia, las decisiones para este tipo de asuntos deban remitir no tanto al conocimiento si no a una gestión de la ignorancia racional, legítima y justificada. El modelo de conocimiento que hasta el presente hemos manejado era inocentemente acumulativo; se suponía que el nuevo conocimiento se añade al anterior sin problema, haciendo así que retroceda de forma progresiva el espacio de lo desconocido y aumentando la certeza del mundo.

Pero esta situación ya no es así, la sociedad ya no tiene su principio dinámico en un constante aumento del conocimiento y un consecuente retroceso de lo que no se sabe. Burke afirma que hay un rotundo no-saber que es producido por la misma ciencia, una *sciencebased ignorance*. De tal manera que este no-saber no es un error de falta provisional de información, sino que, con el avance del conocimiento y en virtud del mismo, aumenta de forma más que proporcional el no-saber (acerca de la fiabilidad, alcances y consecuencias del saber).

Si en otros tiempos los métodos predominantes para combatir la ignorancia trataban de extinguirla, los planteamientos actuales asumen que hay una dimensión irreductible en la ignorancia, por lo que debemos entenderla, tolerarla e incluso servirnos de ella y considerarla un recurso. Para Burke un ejemplo de ello es que en una sociedad del conocimiento el riesgo que supone la confianza en el saber de los otros se haya convertido en una cuestión clave. La sociedad del conocimiento se caracteriza como una sociedad que ha de aprender a gestionar ese desconocimiento.

El dilema del saber y no saber

La delimitación entre el saber y el no-saber no es ni incuestionable, ni evidente, ni estable. En numerosos casos es una cuestión abierta cuánto se puede todavía conocer, qué cosa ya no se puede conocer o qué cosa no se conocerá jamás. No se trata del típico discurso de humildad kantiana que confiesa lo poco que conocemos y qué tan limitado es el conocimiento humano. Es algo incluso más impreciso que esa *ignorancia especificada* de la que hace mención Burke; me refiero a maneras débiles de desconocimiento, como el desconocimiento que se supone o se teme, del que no se sabe exactamente lo que no se sabe y hasta qué punto no se sabe.

La apelación a los *unknown unknowns* que están por encima de las hipótesis de riesgos científicamente establecidas se han convertido en un argumento poderoso y controvertido en las discusiones sociales en torno a las nuevas investigaciones. Claro está que sigue siendo necesario ampliar el panorama de expectativa y relevancia de forma que sean visibles los espacios del no-saber que hasta ahora no veíamos, proceder al descubrimiento del desconocimiento que desconocemos.

Pero este deseo no debe hacernos caer en la ilusión de creer que el problema del no-saber que se desconoce puede solucionarse de una manera convencional, en otras palabras, disolviéndolo por completo en virtud de más y mejor saber. De hecho, allí donde se ha reconocido de manera explícita la importancia del no-saber desconocido sigue sin conocerse lo que no se conoce y si hay algo decisivo que no se sabe. Las sociedades del conocimiento han de enfrentarse a la idea de que van a tener que aferrarse a la cuestión del no-saber desconocido; que jamás estarán en condiciones de saber si y en qué medida son relevantes los *unknown unknowns* a los que están necesariamente confrontadas.

Tal como advierte Burke, lo que distingue a estos tiempos de las consecuencias secundarias no es el saber, sino el no-saber. Este es el

verdadero escenario de batalla social: quién sabe y quién no, cómo se reconoce o impugna el saber y el no saber. Si observamos con atención, de hecho, los enfrentamientos políticos más relevantes son valoraciones distintas del no-saber o de la inseguridad del saber: en la sociedad compiten diferentes valoraciones de la esperanza, el miedo, las expectativas, la ilusión, las crisis, la confianza, que no tienen un correlato indiscutible, objetivo.

Como efecto de tal confrontación, se focalizan aquellas dimensiones de no-saber que acompaña a la evolución de la ciencia: acerca de sus consecuencias no conocidas, los aspectos que deja sin resolver, acerca de las limitaciones de su ámbito de validez… Por lo general, las controversias tienen como objeto no tanto el saber mismo como el no-saber que lo acompaña. Quien discute el saber contrario o dominante lo que hace es precisamente eso: *drawing attention to ignorance*, resaltar precisamente la cuestión que ignoramos.

Esa politización, menciona Burke, del no saber se hizo presente, por ejemplo, en el marco de la polémica sobre la política tecnológica a partir de los años 70. No es sólo que cada vez hubiera más conciencia de la importancia de lo desconocido, sino que esa percepción y su valoración cada vez eran más dispares. Lo que para algunos era motivo de temor, despertaba en otros, expectativas prometedoras. Mientras que unos hablaban de un déficit cognoscitivo pasajero, otros comprendían que había algo que jamás se podría saber. Esto ocurría en un momento en el que todos éramos conscientes de que la ciencia no solo producía conocimiento sino además incertidumbre, *zonas ciegas* y no-saber. Los temores y las inquietudes presentes en buena parte de la opinión pública no son sin fundamento, como por costumbre suponen los defensores de la tecnología de riesgo cero. Luego del rechazo social de algunas opciones técnicas hay con frecuencia una percepción de determinadas ignorancias o incertidumbres que la

técnica y la ciencia deberían reconocer. En este y en otras polémicas similares lo que se enfrentan son percepciones divergentes e incluso confrontadas del no-saber.

Desde ahora, tal como señala Burke, nuestros grandes dilemas van a girar en torno al *decision-making under ignorance*. La decisión en situación de desconocimiento requiere nuevas formas de observación, justificación y legitimación de las consecuencias. ¿Cómo podemos protegernos de peligros y amenazas frente a las que por definición no se sabe qué hacer? ¿Y cómo se puede hacer justicia a la multiplicidad de las percepciones acerca del no-saber si ignoramos la magnitud y la relevancia de lo que no se conoce? ¿Cuánto no-saber podemos permitirnos sin desatar miedos, peligros y amenazas incontrolables? ¿Cuánta ignorancia debemos considerar como relevante y cuánta podemos no atender como inofensiva? ¿Qué equilibrio entre control y azar es tolerable desde la perspectiva de la responsabilidad? Y de lo que no se sabe, ¿es una carta libre para actuar o, por el contrario, una advertencia de que deben tomarse las máximas precauciones?

Las sociedades se enfrentan al no-saber de diversas formas: desde la perspectiva social las sociedades reaccionan con divergencias; desde el punto de vista temporal, con consensos provisionales; desde una perspectiva aproximadamente objetiva, con imperativos que intentan de protegerse frente a lo peor. Tomemos en cuenta el caso del *principio de precaución*, que ya forma parte de los tratados de la Unión Europea y de acuerdos internacionales como la declaración de Río de Janeiro sobre el clima. En ellos observamos, la adopción de medidas eficientes para evitar daños severos e irreversibles como el cambio climático, y que tales medidas no deben ser postergadas por el hecho de que no exista una total evidencia científica.

El *principio de precaución* sigue siendo, sin embargo, una norma plagada de controversias cuyas interpretaciones son en exceso

divergentes. De cualquier manera, este tipo de planteamientos son interesantes en la medida en que investigan las consecuencias de algunas decisiones, la verosimilitud de que desencadenen ciertos daños, los criterios bajo los que esas consecuencias perjudiciales pueden ser tolerables o la búsqueda de diversas alternativas. Así se está gestando la contradicción de que la sociedad del conocimiento ha acabado con la autoridad del conocimiento.

El conocimiento se pluraliza y descentraliza, resulta más frágil y contestable. Pero esto afecta indefectiblemente al poder, pues estábamos acostumbrados con espasmosa normalidad, a que el conocimiento fortaleciera al poder, mientras que ahora es exactamente lo contrario y el conocimiento debilita al poder. Lo que ha devenido es una vertiginosa pluralización y dispersión del conocimiento que lo desmonopoliza y hace muy contestable. Simultáneamente a la manera tradicional de producción científica en las universidades aparecen nuevas formas de conocimiento a través de una multiplicidad de agentes en la sociedad, como el saber de las ONG, el nivel de calidad y profesional de los ciudadanos, el saber de los distintos subsistemas sociales, el acceso a la información, el empleo de las redes sociales, la diversidad y expansión del saber experto.

En la medida en que se diversifica la producción de conocimiento, disminuye la posibilidad de tener control sobre esos procesos. Si algo identifica a la sociedad del conocimiento es el hecho de que un creciente número de investigadores dispone de un inventario también creciente de diversos saberes, por lo que estos investigadores informados están en condiciones de hacer valer el conocimiento propio frente a las intenciones de los gobiernos. En lugar de un crecer las certezas, tenemos una pluralidad de voces que discuten sus pretensiones de saber y sus definiciones del no-saber. Burke ha llamado *tecnologías de la humildad* a una forma

institucionalizada de establecer los límites del conocimiento humano, (lo desconocido, lo incierto, lo ambiguo y lo incontrolable) reconociendo los márgenes de la predicción y del control.

Un razonamiento como este conlleva a tomar en cuenta la posibilidad de consecuencias imprevistas, a hacer explícitos los aspectos normativos que hay detrás de las decisiones técnicas, a reconocer la necesidad de diversas perspectivas y aprendizaje colectivo. Inmerso en este contexto, en vez de la imagen convencional de una ciencia que fabrica hechos objetivos *duros*, que hace retroceder al desconocimiento y a la ignorancia y le dice a la política lo que hay que hacer, se requiere un tipo de ciencia que coopere con la política en la gestión de la incertidumbre. Para eso resulta imprescindible desarrollar una cultura reflexiva de la inseguridad, que no perciba el no-saber como un ámbito exterior de lo todavía no investigado, sino como algo inherente al conocimiento y la ciencia.

La ignorancia, lo que no se sabe, las formas de saber no científico, el saber inseguro y lo meramente verosímil no deben considerarse como fenómenos imperfectos sino como recursos. Existen situaciones en las que, al no tener un saber seguro y sin riesgos, deben desarrollarse estrategias cognitivas para actuar en la incertidumbre. Entre los saberes más relevantes está la valoración de los riesgos, su gestión y comunicación. Debemos aprender a movernos en un contexto que ya no es de claras relaciones entre causa y efecto, sino borroso, caótico e incierto.

La expectativa de una Sociedad del Conocimiento, que emerge del desconcierto posmoderno en respuesta al poder de la tecnología, ha devenido en la práctica una Sociedad de la Ignorancia, conformada por sabios impotentes, expertos productivos atrapados en burbujas y masas asombradas y embuídas en la inmediatez compulsiva de un consumismo desbordante. Las actuales formas de comunicación nos ayudan a ser más

eficientes en el dominio de la naturaleza, pero como personas nos empujan a ser cada vez más ignorantes y más encerrados en las pequeñas esferas que emergen como consecuencia de las nuevas fuerzas disgregadoras que afectan a toda la sociedad.

La Sociedad de la Ignorancia es un estadio o nivel muy avanzado de un sistema cultural que basa la estabilidad de la sociedad en el progreso, entendido primordialmente como avance económico, pero que una vez cubiertas satisfactoriamente las necesidades básicas sólo es posible conservar debido a la existencia de unas masas hartas, hipnotizadas y en esencia ignorantes.

En efecto, a la mayoría el horizonte les puede parecer sombrío, pero antes de presentar cualquier valoración debe tomarse en cuenta un punto neurálgico: la Sociedad de la Ignorancia adquiere todo su sentido en el contexto de las nuevas generaciones que la viven; sólo la interpretamos de manera adecuada si la proyectamos sobre ellas. Gran parte de los habitantes de hoy día nos hemos conformado en el mundo precedente y, como sucede siempre, a menudo juzgamos la personalidad de un tiempo que ya no es nuestro desde el recelo o la incomprensión.

La incomodidad y el disgusto ante la perspectiva de abandonar la idea platónica de que el conocimiento es un bien en sí mismo podrían no ser más que un prejuicio parecido a la dificultad que experimentaron algunas personas en el pasado para aceptar la posibilidad de una experiencia de vida plena, desprovista de religiosidad o de los patrones tradicionales. Las nuevas generaciones pueden asumir sin más las nuevas ideas si son consistentes en sí mismas porque para los jóvenes todas son, en realidad, igualmente originales.

Ahora bien, aun aceptando lo inapropiado de emitir valoraciones subjetivas, sí que es viable y conveniente estudiar las consecuencias de la situación creada; lo cual nos lleva a darnos cuenta de inmediato de la existencia de varios riesgos potenciales. El primero de ellos es el riesgo social, cuando

apareció en el panorama la posibilidad de materializar una verdadera Sociedad de la Información de inmediato se formuló la teoría de que tal contexto representaría una gran oportunidad para superar gran parte de las formas vigentes de desigualdad social. El acceso fácil y masivo a todo tipo de información permitiría a los menos favorecidos eliminar algunas de las diferencias que les alejaban del resto de la sociedad.

En el presente podemos intuir ya que la previsión se caracterizaba por un exceso de optimismo. En la Sociedad de la Ignorancia estamos presenciando el nacimiento de nuevas fuentes de desigualdad y el levantamiento de fronteras hasta ahora inexistentes que perjudican a quienes, ya sea por un bajo nivel formativo o sea por carencia de talento natural, no son capaces de asimilar, ni asumir la complejidad tecnológica y el dinamismo constante. Un mundo abierto será también un mundo múltiples oportunidades, de excelentes oportunidades, pero sólo para unos cuantos, los mejor situados o quienes dispongan de la suficiente capacidad de maniobra; para los otros se convertirá en un contexto cada vez más hostil.

Una gran parte de la población puede verse obligada a vivir encerrada en una prisión de expectativas vitales insatisfechas, sencillamente porque serán prescindibles. El grupo de los favorecidos no necesitará al resto para mantenerse: el conocimiento productivo, la tecnología y la posibilidad de obtener al mejor precio todo cuanto necesiten en un mercado globalizado, serán suficientes.

Sobre la base del conocimiento y del talento se fundamentará una nueva diferencia social, superior a los clásicos contrastes de naturaleza económica, más profunda en su esencia, más intrínseca a cada individuo, esa diferencia neutralizará cualquier posibilidad de ideal igualitario y pudiera constituirse en el germen de nuevos sentimientos de odio o de injusticia social. Está latente, de esta manera, el riesgo de acabar inexorablemente divididos en dos grupos, uno acomodada en su

ignorancia, en su no- saber, embobado y ensimismado por la tecnología, y otro formado por los expertos en el conocimiento productivo.

El segundo riesgo es el resultado de la peligrosidad de ser ignorantes cuando deben enfrentarse retos trascendentes cuya solución depende de nuestras acciones; y, precisamente, esa es la situación en la que nos encontramos. La Sociedad de la Ignorancia, como he comentado anteriormente, es una más de las diversas caras de los tiempos complejos en los que nos ha tocado vivir y que además se distinguen por la multiplicación de riesgos de envergadura que sólo sortearemos a través de una actuación conscientemente sensata.

El inicio de la era atómica nos exigió aceptar la necesidad de reducir nuestra capacidad de actuación, una capacidad que en la actualidad se ha multiplicado en todas direcciones y que nos coloca frente a nuevas incógnitas, algunas de las cuales tal vez incluso ignoramos. En biología nos movemos sobre el fino límite que separa el uso del abuso. El riesgo de la energía nuclear, que no está presente tanto en su inmenso potencial destructivo como en su prolífica multiplicación, ha confabulado hasta la actualidad gracias a un tenso equilibrio que cada vez es más inestable.

No alcanzamos a entender satisfactoriamente el desafío climático mientras seguimos observando impasibles a la extinción en masa de la biodiversidad del planeta. Los expertos, encerrados en sus burbujas, apenas vislumbran las consecuencias de sus acciones en conjunto, y aún en el caso de que así fuera, no tendrían capacidad de incidencia sobre los responsables políticos, y menos aun, sobre la masa social. La ignorancia consustancial de los tiempos complejos nos conduce a una ceguera generalizada, de consecuencias no previsibles, que tampoco nos permite identificar y asumir la parte de responsabilidad que recae sobre cada uno de nosotros.

CONCLUSIONES

Para finalizar, el tercer riesgo implícito en la Sociedad de la Ignorancia surge de las interrogantes planteadas en relación al lugar que en ella va a ocupar el individuo e, incluso, acerca de la concepción de individuo.

En este sentido, la consolidación de su autonomía y de su centralidad frente a lo colectivo es parte indivisible de la carga simbólica que en nuestro inventario cultural posee la palabra conocimiento. Desde las primeras experiencias democráticas en la *polis* sabemos que toda la racionalidad griega se replegó hacia el interior y fijó su atención en el individuo, hoy día occidente no ha abandonado la senda de la subjetivación, un recorrido que se consolidó definitivamente con la introducción del sujeto pensante de Descartes y con la interpretación humanista del mundo.

Se podría afirmar entonces que, esta forma de concebir al individuo ha llevado a la reflexión de forma recurrente en torno a su papel dentro de la estructura social. Durante siglos se ha mantenido gran tensión entre el individualismo liberal que entiende a la sociedad como un conjunto de instituciones que restringen y limitan la naturaleza del individuo y una concepción más restrictiva de la naturaleza del individuo, que justifica la existencia de estructuras sociales superiores para potenciarlo e incluso salvarlo de sí mismo.

Sin embargo, este tipo de discusiones han quedado en el presente muy mitigados. Tras el debilitamiento del socialismo real, el individualismo liberal se ha consolidado como alternativa en el mundo actual. Nuestra sociedad es la consecuencia de un largo proceso de individualización que ha desplazado poco a poco el ámbito de decisión sobre lo que es bueno o malo, deseable o despreciable, adecuado o inoportuno, desde el grupo a la persona: varios asuntos de nuestra vida han pasado de estar orientados por valores compartidos e incuestionables a convertirse en aspectos de cada conciencia individual, en un escenario

desprovisto de principios y cada vez más desvinculado de cualquier tradición.

La autonomía de cada individuo y la disponibilidad de un ambiente privado para desarrollar la personalidad se han establecido como un bien supremo y absoluto, se han convertido en un derecho indiscutible e indiscutido que ha permeado en lo más profundo de la mentalidad de cada persona hasta formar la esencia de su escala de valores. No podríamos aceptar que en el futuro dejara de ser así y, de hecho, gran parte del atractivo de la utópica Sociedad del Conocimiento residía precisamente en su capacidad para reforzar los planteamientos individualistas.

Por cierto, la llegada de la transformación actual supone un salto cualitativo en dicho proceso, al poner en manos de una sociedad individualizada una serie de nuevos y potentes instrumentos que permiten extender hasta límites incalculables el deseo de individualidad. Actualmente están al alcance de cualquier persona el acceso masivo a la información, la comunicación permanente con otras personas, la apertura de canales de expresión con la posibilidad real amplificar cualquier mensaje, por individual que sea, a un nivel planetario. Es muy probable que el individualismo haya conseguido alcanzar la cima apoteósica del individuo.

No obstante, tales planteamientos, como he querido expresar a lo largo de este ensayo, chocan de manera frontal con las nuevas e insalvables limitaciones que nos afectan en la Sociedad de la Ignorancia. Las posibilidades que nos brinda la tecnología como herramienta para potenciar la libertad individual quedan en la práctica minimizadas por la ignorancia que nos vigila presta para atacar y que limita la esfera de lo que realmente, como individuos, podemos alcanzar.

Mientras el ser humano lucha con su pequeñez en un mundo abierto y cada vez más complejo que no alcanza a comprender, la evolución de éste no se detiene. Cada vez hay más información en las memorias de silicio y menos en los

cerebros humanos. El individuo se aleja gradualmente de su posición central, se dispersa, y desde la periferia se muestra más débil y prescindible que nunca. Quizás deberíamos pensar si mientras seguimos confiando en que avanzamos por el camino del humanismo hacia una Sociedad del Conocimiento no nos estamos desviando, en la práctica, hacia una Sociedad de la Ignorancia que propone la disolución del individuo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ander-Egg, E. (2010). **Cómo envejecer sin ser viejo.** Editorial Gema. Caracas.

Bunge, M. (1990). **La ciencia, su método y su filosofía.** Editorial Siglo XX. Buenos Aires.

Bunge, M. (2007). **A la caza de la realidad. La controversia sobre el realismo.** Gedisa. Barcelona.

Burke, P. (2012). **Historia social del conocimiento**, Volumen II. Epublibre. Barcelona. España.

Morín, E. (2000). **Los siete saberes necesarios a la educación del futuro.** Ed. Faces/UCV. Caracas.

Morín, E. (2002). **La cabeza bien puesta.** Ed. Nueva Visión. Buenos Aires